

TERCER CONGRESO GENERAL DE HISTORIA DE NAVARRA
NAFARROAKO KONDAIRAREN HIRUGARREN BATZARRE OROKORRA

Pamplona, 20-23 septiembre de 1994



Área I. LA CONFIGURACIÓN HISTÓRICA DEL TERRITORIO

Ponencia IV

**LOS AGRAMONTESES DE PAMPLONA DURANTE EL
SITIO DE 1512**

MIGUEL OSÉS ASURMENDI

El hallazgo de una parte del proceso a que dio lugar la reclamación del cargo de Fiscal del Reino por parte de Miguel de Espinal, su antiguo poseedor, contra Julián de Ozcáriz, que disfrutaba entonces dicho oficio, supone la base documental fundamental en la que se basa el presente trabajo¹. Nos proporciona datos desconocidos hasta ahora sobre la actividad de algunos individuos adscribibles a la facción agramontesa de Pamplona —varios de ellos cualificados— durante el tiempo que tuvieron que pasar fuera de ella, al ser expulsados por el Duque de Alba días antes del asedio a la capital.

ANTECEDENTES

El 21 de Julio de 1512, el ejército castellano, formado por 17.000 hombres y dirigido por don Fadrique de Toledo, Duque de Alba, entra en territorio de Navarra por el valle de la Burunda. Se inicia así la rápida campaña militar de conquista que culminará con la pérdida de la independencia del Reino y el exilio de sus reyes, Juan de Albret o Labrit y Catalina de Foix².

¹ El proceso se encuentra en el Archivo General de Navarra (A.G.N), en una Caja sin clasificar hasta el momento, con el título de «Doc. varia, s. XVI». Se trata de un memorial de defensa dirigido al virrey Marqués de Comares, seguido de las declaraciones de 37 testigos, de los que 32 son presentados por Miguel de Espinal y 5 por Julián de Ozcáriz. Es un cuaderno de 27 fol. No parece conservarse el resto del proceso con los articulados ni con los demás testigos presentados por Ozcáriz, con lo que - en lo que se refiere a la actitud de Miguel de Espinal- sólo tenemos una visión parcial: la de los testigos presentados en defensa de éste. Las declaraciones fueron tomadas entre el 1 de octubre de 1513 y el 31 de mayo de 1514, sólo unos meses después de los hechos, por lo que los testigos pueden reconstruir los acontecimientos con abundancia de detalles. Las citas en las que sólo aparecen el nombre del testigo y el folio correspondiente se refieren siempre a este documento.

² Para los primeros tres meses del período, entre el inicio de la conquista y la entrada de las tropas franco-navarras, cfr. BOISSONNADE, P., Histoire de la réunion de la Navarre à la Castille. Essai sur les relations des princes de Foix-Albret avec la France et l'Espagne (1479-1521), París, 1893. Traducción de T. YOLDI, La conquista de Navarra en el panorama europeo, Buenos Aires, 1956-1961, t. III, pgs. 125-175 y 253-271. Esta obra «sigue siendo el más completo y ecuánime estudio sobre la conquista e incorporación a Castilla, en los planos militar y diplomático» [A. FLORISTÁN IMIZCOZ, La Historia de Navarra en la Edad Moderna (1512-1750), I Congreso General de Historia de Navarra, «Príncipe de Viana», XLVIII (1987), Anejo 6, pg. 171]. A pesar de tener innumerables erratas, frecuentemente sustanciales, y de sus anotaciones apasionadas, se trata de la última edición de la clásica obra, en Pamplona, 1981, y es la que aparecerá citada en este trabajo.

Pero la conquista «fue demasiado rápida e incompleta para resultar segura. Los reyes destronados no se resignaron a perder el reino e intentaron recuperarlo por todos los medios»³. Pasados unos pocos meses, a mediados de octubre, las tropas comandadas por el rey don Juan y La Palice iniciaban las operaciones bélicas dirigidas a expulsar a los castellanos de Navarra y recuperar el Reino para los monarcas legítimos. Pero la extremada lentitud de movimientos de este ejército no consigue el objetivo de entrar en Pamplona. Esta estaba casi desguarnecida y el Duque de Alba se hallaba en San Juan del Pie de Puerto, en la Baja Navarra. Sin embargo, las tropas castellanas fueron más rápidas y consiguieron entrar en la capital —el 24 de octubre— adelantándose a las franco-navarras⁴. Así, el monarca navarro, aconsejado por La Palice, no tiene más alternativa que comenzar el sitio de Pamplona, que se hace efectivo a partir del 3 de noviembre⁵.

Una vez que el Duque de Alba consigue entrar inesperadamente en la ciudad, puede decirse que la suerte está echada para el rey don Juan: su principal objetivo, que era conseguir entrar en Pamplona aprovechando la ausencia del grueso de las tropas castellanas, no ha podido lograrse. Por el contrario, éstos pueden reforzar su control sobre la capital.

¿Cuál era el sentir mayoritario de la población de Pamplona ante el nuevo sistema político, el destronamiento de sus reyes privados y la presencia del ejército castellano en la capital?. Es una cuestión compleja que excede el objetivo de estas líneas y que, por otra parte, se ha tratado abundantemente en la historiografía⁶. Es conocida su trayectoria beamontesa desde las guerras civiles del s. XV. Sin embargo, Pamplona era ya una ciudad con una población suficientemente numerosa —

³ AA VV, *Historia de Navarra, San Sebastián, 1990, pg. 272.*

⁴ Cfr. BOISSONNADE, op. cit., t. III, pgs. 275-293. ZURITA, *Anales de la Corona de Aragón, libro X, capítulos XXXI y XXXII.*

⁵ BOISSONNADE, op. cit., t. III, pg. 297.

⁶ Véase, por ejemplo, USUNARIZ, Jesús M^a, *Historiografía en torno al reinado de Carlos V en Navarra en «Congreso de Historia de Euskal Herria», II Congreso Mundial Vasco, vol. III, pgs. 487-496, OLABARRI, I. y SÁNCHEZ PRIETO, J. M^a, Un ejemplo de «Richtungskampf» en la historiografía navarra contemporánea: la polémica en torno a Amayur, «Symbolae Ludovico Mitxelena Septuagenario Oblatae», Vitoria, 1985, pgs. 1309-1327.*

alrededor de los 10.000 habitantes⁷— como para que hubiera en ella numerosos individuos de los dos bandos tradicionales, agramontés y beamontés.

No obstante, sabemos que el ambiente que reinaba entre los habitantes no debía ser incondicionalmente favorable al nuevo régimen castellano, como se comprobará años más tarde⁸. De hecho, cuando el Duque de Alba consigue refugiarse en la ciudad se muestra contento, «no teniendo a los pamploneses muy constantes en la nueva obediencia»⁹. Esta es la inquietud —lógica, por otra parte, en una ciudad recién conquistada— que constantemente deja traslucir el cronista Luis Correa en su relato¹⁰. Anota Yanguas que «la generalidad del pueblo, o cuando menos mucha parte de él, deseaba la vuelta de sus reyes: sin embargo el Duque se recelaba de los mismos Beamonteses»¹¹. Aunque es difícil comprobar esta intuición del ilustre historiador, tenemos indicios de que, efectivamente, la actitud generalizada de los pamploneses, salvo el grupo declaradamente beamontés, era desfavorable a la presencia castellana, máxime teniendo al rey don Juan a las afueras de la ciudad¹².

⁷ LASAOSA, S., El «Regimiento» de Pamplona en el s. XVI, *Pamplona*, 1979, pg. 60.

⁸ Por ejemplo, en mayo de 1521, cuando se acercan las tropas que buscaban situar en el trono navarro a Enrique II de Albret, hijo de los reyes destronados, se nos cuenta: «Y con saber los de Pamplona que Asparrós traía 150 lanzas y de cinco a seis mil infantes, antes que llegase a Roncesvalles, se pusieron en armas contra la gente de guerra (castellana) y los echaron de la ciudad, y saquearon la casa del Duque (de Nájera) y sitiaron la fortaleza (...). Yo no se ninguna razón por donde se pueda fiar de los de la Ciudad». (A.G. Simancas, *Estado*, leg. 346, n.4; cit. por IDOATE, F., *Esfuerzo bélico de Navarra en el s. XVI, Pamplona*, 1981).

⁹ CORREA, Luis, *Historia de la conquista del reino de Navarra, Toledo, 1513. Ed. con Prólogo y notas de José Yanguas y Miranda, Pamplona*, 1843, pgs. 163-164.

¹⁰ «...aun por quitar esperanza a algunos dellos que por mala diligencia hiciesen alguna novedad», *Ibid.*, pg. 173. «Y que la cibdad si a la sazón revolviese algo para meter al rey don Juan dentro....Y quería antes proveer a los enemigos domésticos de guarda que a los públicos de ofensa», pg. 180. «...creyendo que si al campo saliese....la ciudad, siendo libre, se levantaría», pg. 190. «Porque él (el Duque) tenía tanta gente, y tan buena, que bastaba...si seguro de la ciudad tuviese», pg. 200.

¹¹ *Ibid.*, pg. 177, nota 1.

¹² Durante el sitio, el Duque de Alba, toma precauciones contra la población, «no teniendo certenidad de los cibdadanos; que sin duda, si esta tubiera, los franceses no pusieran real donde le asentaron», *ibid.*, pg. 223.

LA EXPULSIÓN DE LOS AGRAMONTESES

En este contexto de desconfianza hacia la población pamplonesa hay que situar, pocos momentos antes del comienzo del cerco a la capital, la decisión del Duque de Alba de expulsar a un cierto número de individuos notoriamente desafectos al nuevo régimen. Como es sabido, éstos se hallaban fundamentalmente encuadrados en el bando agramontés y con éste se identificaban.

El ejército franco-navarro estaba a la espera de los refuerzos que le debían de llegar de Francia, antes de sitiar Pamplona. Entretanto, los últimos días de octubre los ocuparon en realizar una serie de marchas alrededor de la capital, con base en la villa de Urroz¹³. Fernando el Católico —que se hallaba en Logroño desde hacía tiempo— y el Duque de Alba intuyen que al rey don Juan sólo le queda la alternativa del asedio de Pamplona, por lo que comienzan los preparativos de defensa de la ciudad¹⁴.

En Pamplona, uno de los mayores peligros para las tropas castellanas era precisamente el sector más o menos amplio —presumiblemente agramontés— que no había aceptado el destronamiento de su rey y la ocupación castellana. El rey don Juan esperaba que los súbditos pamploneses que le eran fieles «muy presto al ejército echarían fuera» y «que una noche le diesen entrada»¹⁵.

En este momento, el sábado 30 de Octubre¹⁶, pocos días antes de que el ejército franco-navarro comience el asedio, el duque de Alba ordena el destierro de 200 agramonteses de la capital.

La fecha, desconocida hasta ahora, no la registran los historiadores que se han ocupado del tema, pero nos la dan a conocer los propios protagonistas¹⁷. Aquellos

¹³ Cfr. BOISSONNADE, op. cit., t. III, pg. 296.

¹⁴ «Luego se pusieron en orden las cosas necesarias para el combate», ZURITA, op. cit., lib. X, cap. XXXIX. CORREA, pgs. 170-178, narra con detalle los preparativos castellanos para resistir el asedio.

¹⁵ Ibid., pg. 167. ZURITA, op. cit., cap. XXXVI, cit. por BOISSONNADE, op. cit., t. III, pg. 298.

¹⁶ ZURITA, op.cit., ibid., sitúa erróneamente este suceso a últimos de Noviembre, ya al final del sitio. BOISSONNADE, que ha seguido en este punto al anterior, también lo sitúa mal, ibid. CORREA, pg. 174, no da la fecha, aunque localiza el hecho correctamente en el relato.

nos relatan el hecho de manera muy similar. Correa¹⁸ nos dice: «Y para mayor seguridad de la ciudad fueron desterrados docientos ciudadanos Agramonteses, que sintieron ser aficionados al rey don Juan; a los cuales el Duque mandó que fuesen a la corte del rey de España, so pena de traidores; los cuales complieron los mandamientos con asaz pasion en se ver desterrar de su nación». Y Zurita¹⁹, que claramente se basa en el anterior: «...y mandó el duque que saliesen della hasta doscientos vecinos que eran los más aficionados al rey don Juan, y se ordenó debajo de la pena de traidores y rebeldes que se fuesen a Castilla a la corte del rey, y ellos lo cumplieron asi».

¿Por qué ordenó el Duque de Alba el destierro de estos 200 pamploneses y qué hay detrás de este hecho?. Es evidente que buscaba la máxima seguridad para los ocupantes castellanos dentro de los muros de Pamplona. Máxime teniendo en cuenta que, según se supo, algunos habitantes de la ciudad «habían ofrecido que darían una de las puertas de Pamplona»²⁰ a las tropas de don Juan, y «porque se entendió que la mayor confianza con que iban los franceses a aquella ciudad era creyendo que los vecinos de ella se levantarían por ellos»²¹.

Sorprende la rapidez con que se identifica, se localiza y se expulsa a estos ciudadanos. Es claro que toda esta labor no la habrían podido hacer en sólo cinco días —desde el 24 al 30 de octubre— si desde mucho tiempo antes los castellanos no hubieran tenido perfectamente identificados a aquellos individuos que entre la población podían suponer un peligro real para su control sobre la capital. Esto supone que, dentro de Pamplona, estaban éstos bien localizados y que probablemente pertenecían al ámbito agramontés, como nos dice Correa. Es fácil, entonces, deducir

¹⁷ En el documento citado en la nota 1 se localiza el momento de la expulsión: «...hata sabado trenteno dia de octubre del año pasado del año mil quinientos y XII que, sin causa ni culpa alguna, el dicho duque (...) le mando e fizo salir de la dicha Ciudat» (fol. 1v, memorial de defensa de Miguel de Espinal). Y también: «...y otros muchos de la dicha Ciudat por mandado del señor duque de Alba, sabado antes de Todos Sanctos del año de quinientos y doze» (fol. 16v, declaración de Arnanton de Amendux, vecino de Pamplona).

¹⁸ Op. cit., pg. 174.

¹⁹ ZURITA, Op. cit., lib. X, cap. XXXIX.

²⁰ Ibid., cap. XXXVI.

²¹ Ibid., cap. XXXIX.

cómo pudo el duque elegir las personas que iba a expulsar; con toda seguridad podemos afirmar que poseería una lista con la relación de estos individuos, confeccionada por miembros del bando contrario: el beaumontés. Se encargó de ello don Luis de Beaumont, Conde de Lerín²², probablemente ayudado por vecinos beamonteses de confianza. Los de un bando conocían, pues, con toda claridad quiénes eran los individuos más destacados del bando opuesto, de manera que no ofrecía especial dificultad esta identificación. Nos encontramos así con un nuevo capítulo de las luchas banderizas de tan funestas consecuencias para Navarra.

Se deduce de este hecho que los castellanos identifican a los opositores al nuevo régimen castellano con los elementos agramonteses. No obstante, se puede decir que, o esta identificación no es exacta —habría un sector de la población no agramontesa que rechazaba la dominación castellana— o el bando agramontés era mucho más numeroso, pues los ocupantes siguen teniendo problemas con los pamploneses y recelando de ellos²³, a pesar de haber desterrado a los agramonteses más significativos.

SALIDA DE LA CIUDAD

El sábado 30 de Octubre, como queda dicho, se hace efectivo el destierro de los 200 agramonteses. La orden procede de forma inmediata del duque de Alba y se notificaría a los interesados mediante el habitual pregón público, acompañado de una conminación personal, como es el caso del Fiscal Miguel de Espinal, que la recibió del alcalde castellano Cornejo, que «le mando e fizo salir de la dicha Ciudat»²⁴.

La orden de destierro incluía la obligación de, como dice Zurita, que «debajo de la pena de traidores y rebeldes que se fuesen a Castilla a la Corte del rey, y ellos lo cumplieron así»²⁵. Pero en este punto se equivoca el historiador. Esa era inicialmente

²² «Mandó el rey (Fernando) que luego saliesen fuera todos los que eran sospechosos, y que se tuviesen por tales los que el Condestable de Navarra dijese que lo eran». ZURITA, *ibidem*, cap. XXXIX. Como queda dicho, es de suponer, no obstante, que la selección de los individuos «sospechosos» más destacados estaría hecha ya con anterioridad a estos sucesos.

²³ Cfr. nota 10.

²⁴ Doc. cit., memorial de defensa de Miguel de Espinal, fol. 1v.

²⁵ Op. cit., lib. X, cap. XXXIX.

la orden, pero pocos la cumplieron, al menos mientras el resultado de la guerra fue incierto. El duque había dispuesto que los desterrados acudieran a Logroño a presentarse ante Fernando el Católico para prestarle obediencia personalmente pero, como veremos, la mayoría de ellos opta por pasar a engrosar las filas del rey navarro, o por refugiarse en pueblos de la montaña. Los desterrados no tenían un tiempo limitado para acudir ante el rey castellano²⁶, puesto que lo que interesaba fundamentalmente a los ocupantes era alejarlos de la capital que iba a ser sitiada.

Es conocido que la pena de destierro constituía en aquella época uno de los castigos más temibles, ya que suponía quedar marcado socialmente y un perjuicio económico en cuanto al desarraigo que creaba en relación a la actividad profesional. Para varios de ellos esta expulsión supuso que, a partir de entonces, las autoridades castellanas los tenían identificados como elementos sospechosos para el nuevo régimen, y el comienzo de una serie de penalidades²⁷ durante los años próximos. No es extraño, pues, que los afectados dijeran más tarde con palabras no exentas de cierto resquemor, que «todos los otros vezinos de la dicha ciudad que fueron mandados salir, salieron por fuerza y contra su voluntad»²⁸.

Parece que la expulsión de estos agramonteses de Pamplona, aunque tuvo lugar en el mismo día, no supuso que salieran todos a la vez de la ciudad. Se siguió el criterio de realizar una salida escalonada y de dividir a los desterrados en tres grupos, dependiendo de dónde tuvieran su domicilio, de acuerdo a la tradicional división de Pamplona en tres burgos o barrios: la Navarrería, el Burgo de San Cernin y la Población de San Nicolás. Se mantiene así, incluso en estos momentos, la personalidad jurídica de los antiguos burgos, que incluso tenían sistema de representación propio en el Regimiento de Pamplona. Es de suponer que con esta

²⁶ *Declaración de Antón de Ollacarizqueta, fol. 13v.*

²⁷ *Es conocido el caso de Pedro de Jaso -hermano del famoso Doctor Juan de Jaso- que pierde a los pocos meses, en 1513, su cargo de Justicia de Pamplona al concederse el cargo a Gracián de Beaumont. (AGN, Archivo de la Casa de Góngora, secc. Varios, fajo único, n.22). El mismo Miguel de Espinal que, tras estos sucesos, fue desposeído del cargo de Procurador Fiscal de Navarra y otorgado a Julián de Ozcáriz el 18 de febrero de 1513 (AGN, Comptos, registro n. 543, fol. 1r). Asimismo Martín de Ollacarizqueta que, «por ser el agramontes no sabe si algunos procuraran de le impedir que no continúe el oficio» (AGN, secc. Rena, caj. 23, n. 5). Pedro de Tarazona, que será desterrado en más ocasiones (AGN, Comptos, caj. 168, n. 80).*

²⁸ *Declaración de Sancho de Yesa, fol. 9v.*

diferenciación se conseguiría además evitar la concentración de todos los desterrados dentro de la ciudad, lo que hubiera podido generar problemas. Los individuos de cada barrio salieron por la puerta del burgo correspondiente, lo que dificultó la comunicación entre ellos hasta que ya estaban fuera de la ciudad.

Sabemos que los desterrados de la Navarrería no vieron a los del Burgo hasta más tarde. Por ejemplo, Antón de Ollacarizqueta declara: «Al tiempo que ha este que depone y a otros de la Navarrería les fue mandado salir de la Ciudad, no se halló presente el dicho Miguel de Espinal», que pertenecía a otro barrio, el del Burgo de San Cernin y que también iba desterrado²⁹. ¿Nos permiten estas palabras pensar que habría una especial concentración de agramonteses en la Navarrería?. No podemos asegurarlo, aunque sí parecen indicarnos que había un buen número en este barrio. De todas maneras, es claro un cierto sentido corporativo entre los desterrados de cada burgo.

LOS DESTERRADOS

Analizando en su conjunto los agramonteses desterrados de los que tenemos constancia documental, y que irán apareciendo más adelante, podemos observar una serie de características comunes.

La mayor parte de ellos no son miembros de la nobleza, ni tampoco cabos de linaje, por lo que están desprovistos del carácter militar y de aquella capacidad de arrastrar consigo a otros linajes emparentados y a clientelas dependientes. Además, aquellos eran esencialmente rurales y los agramonteses que estudiamos pertenecen al mundo urbano. Estos son más bien individuos aislados que actúan por cuenta propia, por lo que su fuerza y su capacidad de influencia es mucho menor, aunque hubieran ocupado altos cargos públicos anteriormente. De ahí que sea menor también su capacidad de resistencia y de oposición al régimen castellano, coherente con su carácter agramontés.

²⁹ Fols. 13v y 14r.

Algunos habían sido, en la época de los reyes privativos navarros, cargos públicos altos y medios³⁰. En un primer momento se verán apartados de sus oficios, pero conforme pasen los años intentarán volver a entrar en la Administración, en puestos más o menos relevantes. Y éstos, los que tienen algo que perder y no se deciden, son precisamente los que tienden a ocultarse en las montañas esperando a ver cómo discurren los acontecimientos.

Otros estarían encuadrados dentro de lo que podríamos llamar la pequeña burguesía y artesanado urbano: muchos de ellos, al ser desterrados, pasan a las filas del rey don Juan³¹ durante el asedio de Pamplona. Es posible deducir que éstos serían la mayoría, pues el grupo que acude a los lugares de la montaña, como veremos, es relativamente pequeño. Varios de ellos, al haber sido su compromiso con los legitimistas mayor que el de los que deciden ocultarse, se verán obligados a seguir a don Juan en su segundo exilio a sus tierras de Bearn.

Los que se quedan escondidos tendrán, al final de las hostilidades, una situación difícil: varios de ellos han negociado con los navarros que están en las filas de don Juan, y con el rey mismo, la posibilidad de pasar a su servicio durante el sitio. Con la derrota, su situación ante el poder castellano será muy delicada. Es el caso de Miguel de Espinal³², Juan Miguel Garceiz, Pedro de Jaso, etc. Ocupémonos de ellos ahora.

REUNIÓN EN SAGÜÉS Y DELIBERACIÓN

La expulsión de Pamplona tiene lugar el día 30 por la mañana. Un buen número de los desterrados consiguen agruparse ya a las afueras de la ciudad y acuerdan reunirse en la casa que Pedro de Jaso tenía en Sagüés, a unos 5 km. de la capital. Van llegando en pequeños grupos; como alguno de ellos que fue visto en el camino,

³⁰ No obstante, hay que hacer notar que una gran mayoría de los cargos y de los funcionarios públicos del reino siguieron desempeñando sus oficios después de 1512, adaptándose a la nueva situación.

³¹ Por ejemplo, Martín de Arrarás, pelaire (fol. 20v). Martín de Elcano, cordelero (fol. 16r). Arnanton de Amendux, barbero (fol. 16v), etc.

³² Este se queja de que «el rey don Johan no lo había bien recibido, y que con los de la Ciudad no estaba en buena reputacion», fol. 21v.

saliendo de Pamplona, «con otros diez o doze»³³. «Llegaron sobre la tarde (...) Pedro de Jaso y el dicho Miguel de Espinal, Juan de Eraso e otros muchos de la ciudad»³⁴. Allí deliberan sobre lo que deberían de hacer «sobre la ida a su alteza a Logroyno». Unos mantenían la opinión de era mejor ir primero a «Salinas (de Oro), que hay se juntarian todos». Alguno era partidario de ir directamente a la ciudad donde estaba el rey castellano³⁵. De Miguel de Espinal hay testimonios contradictorios, pero se «oyo dezir que no quiso ir a Logroyno».

PRIMER REFUGIO: SALINAS. LA CUESTIÓN DEL SALVOCONDUCTO

Predominó la corriente primera y decidieron acogerse a la protección de las montañas, refugiándose en Salinas de Oro, a unos 15 km. de Sagüés, en el valle de Guesálaz y al pie de la sierra de Andía, buscando la precaria seguridad de los muros de la fortaleza y del pequeño palacio³⁶. Probablemente llegan allí el mismo día 30 por la noche, al abrigo de la oscuridad. Consiguen llegar allí, entre otros muchos, Martín de Ollacarizqueta, Miguel de Espinal, Sancho de Yesa, Juan de Eraso, Juan Miguel Garceiz, Pedro de Jaso, Antón de Ollacarizqueta, Martín de Elcano, Arnanton de Amendux, Lope de Erro, prior de Velate, Martín, familiar suyo y Martín de Arrarás³⁷.

El día siguiente, domingo 31, guarda una sorpresa: llegan el oidor de Comptos Juan de Gúrpide y Martín de Ollacarizqueta³⁸, acompañados por dos soldados armados castellanos³⁹. Además, llevan consigo un salvoconducto emitido por el duque de Alba que les permitía llegar con cierta seguridad hasta el rey Fernando, en Logroño. Este documento y la custodia que llevan denotan un trato, por parte del poder castellano,

³³ *Decl. de Miguel de Lizásain, vecino de Cizur Mayor, fol. 25v.*

³⁴ *Decl. de don Juan, abad de Sagüés, fol. 20r, que fue a visitarles.*

³⁵ «*Por la villa de Puente de la Reyna, que era su camino derecho*», fol. 20v.

³⁶ MARTINENA, J.J., *Palacios de cabo de armería, II, pg. 3.*

³⁷ *Estos nombres aparecen con frecuencia y algunos actúan como testigos a lo largo del proceso.*

³⁸ *Canónigo agramontés y Secretario del Obispo de Pamplona. GOÑI GAZTAMBIDE, J., Historia de los obispos de Pamplona, Pamplona, 1985, vol. III, pg. 50.*

³⁹ «*Dos hombres darmas spaynoles, es a saber a Salazar de Pancorbo y su hijo*», fol. 26r.

mucho más favorable hacia ellos que hacia los demás desterrados⁴⁰. Ante la llegada de estos dos personajes, los pareceres de los demás se dividen. Algunos intentaron detener a Juan de Gúrpide para que no fuera a presentarse a Fernando⁴¹; e incluso, un poco más tarde, le llegan a escribir una carta para «que se volbiese»⁴². Parece, pues, que había entre ellos una corriente de opinión partidaria de no entregarse a los castellanos. Otros piensan lo contrario.

En el momento en que muchos se debaten aún en la duda sobre qué conducta seguir, la posibilidad de obtener un salvoconducto que les de cierta seguridad, por lo menos en el caso de que entraran en contacto con los castellanos, hace que bastantes se planteen la conveniencia de conseguir uno para el grupo de refugiados. Son momentos de gran inseguridad por el inminente enfrentamiento de los dos ejércitos: «les podía correr peligro segunt la grant sonada de la gente que dezian que de cada parte venian al socorro de la dicha ciudad de Pamplona»⁴³.

El día 1 de noviembre, en cuanto Juan de Gúrpide y Martín de Ollacarizqueta parten para Logroño, los refugiados deciden enviar a un clérigo como mensajero al duque de Alba⁴⁴, a Pamplona, para pedirle un salvoconducto con el que pudieran tener mayor seguridad. Este clérigo, al llegar a la ciudad, se entrevista en primer lugar con García de Lesaca⁴⁵, otro agramontés, que acababa de llegar de Marcilla. Había acudido a esta localidad para encontrarse con don Alonso de Peralta, conde de Santesteban y futuro marqués de Falces, que había quedado, de momento, como una de las cabezas del bando agramontés, en ausencia del mariscal don Pedro de Navarra. Probablemente este Lesaca fue a Marcilla a petición de don Alonso —entra y sale de

⁴⁰ Hay que tener en cuenta que, aún siendo Juan de Gúrpide agramontés, había posibilitado la entrega de Pamplona en el mes de julio al duque de Alba. Decl. de Juan de Urniza, escudero beamontés que fue capturado por los franceses y llevado prisionero al Bearne, donde oyó que Gúrpide y Miguel de Espinal «eran grandes traydores a su Rey (D. Juan)», y que «ellos que menos debian fueron en capitular por entregar la dicha Ciudad». Fol. 15v.

⁴¹ Fol. 17v.

⁴² Decl. de Antón de Ollacarizqueta, fol. 13v.

⁴³ Decl. de Arnanton de Amendux, fol. 17r.

⁴⁴ En concreto la dirigieron a su secretario Vozmediano, para facilitar el despacho. Fol. 10r.

⁴⁵ García de Lesaca había estado encargado, en los últimos años del reinado de don Juan y doña Catalina, de la artillería del reino. AGN, secc. Rena, caj. 36, n. 11.

Pamplona sin dificultad—, que en ese momento está junto a mosén Pedro de Hontañón, antiguo embajador castellano de los Reyes Católicos ante los reyes de Navarra. Al llegar, le muestran un documento de gran importancia.

Se trataba de una cédula de Fernando el Católico, emitida el 22 de octubre último, por la que nombraba al conde de Santesteban cabeza del bando agramontés⁴⁶. El rey ordena a don Alonso que aglutine en torno a él a todos los agramonteses de Navarra, «sus parientes», erigiéndole como cabeza de este partido; que se establezca y fortifique en Olite y Tafalla, que «sacasen las personas sospechosas que estaban dentro y que procurasen de reducir las personas de aquel reino, que no estaban en su servicio, a su obediencia»⁴⁷. Vemos que la intención de Fernando es la de sustituir, como jefe de los agramonteses, la irreductible figura del mariscal don Pedro por la más dócil de don Alonso de Peralta.

Pedro de Hontañón leyó⁴⁸, pues, este documento a García de Lesaca, ordenándole que transmitiese su contenido a los agramonteses que lograra ver, y que acudiesen a Tafalla a entrevistarse con el propio don Alonso. No nos consta, a juzgar por las inexistentes huellas documentales, que esta convocatoria tuviera demasiado éxito de momento; los agramonteses parece que desconfiaban de la actitud del conde de Santesteban.

Con estas noticias volvió a Pamplona García de Lesaca, y es lo que transmitió al clérigo enviado por los refugiados de Salinas de Oro. Cuando éste comunicó el resultado de las gestiones a los desterrados, éstos «hobieron mucho enojo con el dicho capellan». No tenían ningún interés en entregarse al conde de Santesteban en Tafalla; lo que buscaban muchos de ellos era seguridad ante los castellanos, y no la habían conseguido.

⁴⁶ Esta es la primera referencia documental existente del famoso documento citado por Zurita: «que fuese como caudillo de toda la parcialidad de los Agramonte, que son gran parte en aquel reino, y fuese cabeza y cabo de todos ellos, para que le acudiesen como principal» (lib. X, cap. XXXVI). Es sabido que, poco tiempo antes, después de momentos de vacilación, Fernando «se había ganado para su causa al jefe de los Peraltas, don Alonso, saliendo al paso de una posible y peligrosa sublevación», BOISSONNADE, op. cit., vol. III, pg. 297.

⁴⁷ ZURITA, ibidem.

⁴⁸ Todo este relato en decl. del propio García de Lesaca, fol. 4v y en decl. de Antón de Ollacarizqueta, fol. 13v.

Al día siguiente, 2 de noviembre, se produce un hecho que volverá aún más inestable su situación⁴⁹. Poco antes, el 31, había capitulado ante los castellanos la fortaleza de Estella, con su alcaide agramontés Jaime Vélaz de Medrano⁵⁰. Pero aquéllos aún no habían sometido otras zonas, como el valle de Yerri y el de Guesálaz, al que pertenecía Salinas de Oro y donde estaban los refugiados. Así pues, la población del valle de Guesálaz está en pie de guerra. Esto tiene como consecuencia que, el día 2, gente de este valle toman presos a varios de los refugiados que habían salido de Salinas: Martín de Arrarás, el criado de Lope de Andía y otros, creyendo que iban para Logroño⁵¹ a prestar fidelidad a Fernando. Por cierto, que Arrarás no iba hacia Logroño sino hacia Berbinzana; por lo tanto tampoco él obedecía al mandato del duque, como reconocerá más tarde.

Muchas zonas rurales —los principales núcleos urbanos estaban controlados por tropas castellanas— se habían levantado en armas a favor del rey don Juan y en contra el régimen castellano. Parece que, en estas zonas sublevadas, domina un ambiente generalizado de desprecio hacia la actitud entreguista de la población de Pamplona —que tan poco ha resistido a sus conquistadores— según lo que se les oye comentar: «de todos los pamploneses dezian que eran traidores»⁵².

Este hecho supone que los refugiados se ven cogidos entre dos fuegos: los propios agramonteses de los pueblos sublevados, que les acusan de traidores, y la amenaza de los castellanos, ya que no han cumplido su orden de destierro de suelo navarro. De hecho, algunos que habían salido de Salinas hacia otras zonas habían sido apresados por éstos⁵³.

⁴⁹ Aunque posteriormente, durante el proceso, lo utilizarán como pretexto para mostrar la inseguridad de los caminos en el momento.

⁵⁰ BOISSONNADE, op. cit., pg. 293.

⁵¹ «Le sallieron cierta gente bien hata ciento, y era gente de la tierra, y lo tomaron preso deziendo que iba a Logroño». Fol. 20v, decl. de Martín de Arrarás.

⁵² *Ibidem*.

⁵³ Decl. de Sancho de Yesa, fol. 10r.

Pero la situación se complica más aún con un nuevo acontecimiento. Los días 3 y 4 llegan a Salinas⁵⁴, huyendo de Estella, Jaime Vélaz de Medrano y Juan Remírez de Baquedano⁵⁵. Estos dos jefes agramonteses, que estaban acompañados de otras gentes armadas, acababan de salir de Estella. Allí, el 31 de octubre, como ya está dicho, se habían visto obligados a rendir a los castellanos las fortalezas donde llevaban más de tres meses resistiendo⁵⁶. No obstante las ventajosas condiciones de la capitulación, éstos hombres no se someten al poder castellano y deciden subir a Salinas para fortificarse allí. Nada más llegar, además, se habían adueñado de los ganados de unos beamonteses⁵⁷ de Pamplona: Francés de Mutiloa y sus hermanos y Rodrigo de Echarri, rico mercader de la capital. Para eliminar riesgos y no complicar más la situación, algunos de los refugiados instan a los recién llegados a que devuelvan los ganados robados, porque podrían además culparles a ellos mismos y «podría ser que ellos los pagassen»: no quieren comprometerse. Aquellos se niegan a hacerlo. Denota este hecho que los sublevados de Estella estaban dispuestos a resistir en la fortaleza de Salinas el tiempo que fuera preciso.

Esto pone en peligro la precaria seguridad de que disfrutaban los refugiados, pues era previsible un inminente ataque por parte de las tropas castellanas del marqués de Comares o del duque de Nájera, que entonces se encontraba en Puente la Reina. Temían caer en sus manos. Comienzan entonces a plantearse abandonar la fortaleza y palacio de Salinas de Oro y buscar otro lugar más seguro. Deciden optar por el lugar de Munárriz, hacia donde salen el día 5.

No les faltaba razón a estos agramonteses escondidos para evacuar Salinas. A los pocos días, tropas castellanas provenientes de Puente la Reina, reforzadas con algunos beamonteses —como los de Guirguillano, que estaban vinculados a esa villa beamontesa a través de Esteban Díez— atacan e inician el sitio de la fortaleza de

⁵⁴ *Declaraciones de Juan de Eraso, secretario de Finanzas, fol. 12v y de Antón de Ollacarizqueta, fol. 14r.*

⁵⁵ *Los dos son suficientemente conocidos. Jaime Vélaz era hermano del cabo de linaje homónimo, Juan. Famoso, sobre todo, en la historia de Navarra por ser el alcaide del castillo de Maya en 1521-1522. Juan Remírez de Baquedano, «cabo de linaje de Baquedano» y señor de San Martín, era otro destacado agramontés con una larga historia de luchas a favor de la monarquía destronada. Participó también en el intento legitimista de 1516.*

⁵⁶ CORREA, L., op. cit., pgs. 168-170.

⁵⁷ *Decl. de Antón de Ollacarizqueta, fol. 14r.*

Salinas de Oro, donde estaban los rebeldes⁵⁸. Se desconocen las vicisitudes del sitio a la fortaleza, pero su posterior demolición —ordenada por Fernando meses después— nos sugiere que fue este un suceso incómodo para el nuevo poder castellano⁵⁹.

HUIDA A MUNÁRRIZ. BASE DEFINITIVA

El viernes 5 de noviembre⁶⁰, el grupo de refugiados inicia el traslado y la subida desde Salinas a Munárriz⁶¹: unos 5 km. de distancia. Esta localidad, a caballo entre la sierra de Andía y las peñas de Echauri, era un lugar más seguro por estar a gran altura, apartado de las rutas de comunicación y en plena montaña. Se refugian en la casa fuerte del lugar. Allá arriba parece que es más difícil que lleguen las salpicaduras de la guerra en curso y allí permanecerán algunos de ellos hasta el final del conflicto.

Parece que era un lugar ya bastante concurrido, y que no eran ellos los únicos refugiados, porque allí «fallaron muchos desta Ciudad (Pamplona) y de otras partes que ende estaban retraidos»⁶². Allá se encontraban individuos que tenían motivos muy distintos para esconderse: los que huían de los castellanos, los que —como los que estudiamos— no han decidido aún qué partido tomar, y los que escapan de la guerra y los saqueos que están realizando en la Cuenca los soldados franceses y alemanes.

Gradualmente va llegando casi todo el grupo que estaba en Salinas. Otros han optado por dirigirse a otros lugares. Consta que llegan a Munárriz Pedro de Jaso, Juan de Eraso, Miguel de Espinal, Antón de Ollacarizqueta, Martín de Elcano, el prior de Velate y su familiar, Juan Périz, Pedro de Tarazona y Andrés de Aiciondo.

⁵⁸ AGN, Fondos varios, s/c. Documento referente a otros ganados robados a los de Guiguillano por los castellanos.

⁵⁹ ZURITA, Op. cit., lib. X, cap. XLIII.

⁶⁰ «El cincoeno día de Todos Sanctos» que, confrontando con otros testimonios, resulta ser el día 5. Decl. de Juan Miguel Garceiz, guarda de la Casa de la Moneda de Pamplona, fol. 11r.

⁶¹ Munárriz, perteneciente al valle de Goñi, es uno de los pueblos más altos de Navarra, a unos 900 m. de altitud.

⁶² Decl. de Marín de Elcano, cordalero, fol. 16r.

Pero hasta allá arriba llegan también los ecos de la guerra. En estos días, entre el 4 y el 10, durante la permanencia del rey don Juan en el palacio de Arazuri —donde se había asentado— las tropas franco-navarras asaltaron y tomaron el castillo de Garaino⁶³, a la entrada del valle de Goñi y muy cerca, pues, de Munárriz. En la operación fueron saqueados los lugares de Eguíllor y Beásoain⁶⁴. La zona dominada por las tropas del rey don Juan se extiende entonces hasta el pie de las montañas donde está Munárriz y los que están allí refugiados.

Es entonces cuando los ánimos de éstos se exaltan y vuelve a surgir la división de opiniones. Un sector planea pasar a las filas de don Juan. Entre éstos se oyen voces que llaman «traidores» a los que no quieren ir y a los que han colaborado con los castellanos, beamonteses o no, y que «había que ahorcar a los que fauorecian» a Fernando. También les decían a éstos que «yrían ad Aragón a darles reconpessa»⁶⁵.

La tensión llega al máximo cuando, el día 9 de noviembre, se presentan en Munárriz 14 hombres armados a caballo, provenientes del ejército del rey don Juan y acompañados de dos halconeros. Venían con la intención de conminar a todos los hombres que había allí, y también a los refugiados a que bajaran para ponerse a disposición de aquél, ya «que su Rey estaba poderoso en el canpo, debían yr alla»⁶⁶. Al mismo tiempo, se hace repique de campana⁶⁷ para convocar a guerra a la población. Lograron su objetivo los soldados enviados, pues parte del pueblo acudió. Incluso de los refugiados «algunos de la conpannia iban y fueron al Rey don Juan»⁶⁸.

No obstante, parece que los soldados traían también la misión expresa de conseguir que dos destacados personajes —que se resistían a acudir— bajaran también al campamento del rey: los halconeros dicen que «venían por los dichos Pedro de Jaso y Miguel de Espinal para que fuesen al real de don Juan, y quando de grado no

⁶³ AGN, Procesos, *sentenciados de Arrastia*, fajo 2, n. 12.

⁶⁴ AGN, Registro 541, fol. 34.

⁶⁵ Decl. de Pedro de Jaso, «*olim Justicia de Pamplona*», fol. 9r.

⁶⁶ Id. de Juan de Eraso, fol. 12 v.

⁶⁷ Id. de Martín de Elcano, *cordalero*, fol. 16v.

⁶⁸ Id. de Antón de Ollacarizqueta, fol. 14r.

quisiesen ir, los harían ir en mal son»⁶⁹, «y si no sería bien, que atados por fuerza los llevasen»⁷⁰. Estos, probablemente muy a su pesar por su situación personal, acceden a ir al día siguiente a Arazuri a presentarse al rey⁷¹.

EN EL CAMPAMENTO DEL REY DON JUAN DE LABRIT

Este es uno de los momentos más delicados para estos dos individuos desde que se inició la conquista de Navarra. Su situación es muy comprometida. Sobre todo para Miguel de Espinal, pues parece que había facilitado la entrega de Pamplona cuando el duque de Alba llegó ante ella el 24 de julio pasado⁷². Ahora se iba a encontrar delante del rey navarro y, lógicamente, éste le pediría cuentas. «Sería a X o doze del dicho mes»⁷³ de noviembre cuando llegaron a Arazuri. Se encontraban allí, además de Miguel de Espinal, Pedro de Jaso, Sancho de Yesa y Martín de Elcano, que habían ido también desde Munárriz a estar con don Juan.

La entrevista de Miguel de Espinal con el rey fue en un primer momento muy tensa. Aquél «llegó al palacio de Arazuri, donde el rey don Johan estaba, e vio que le hizo muy mala cara. E sin le hablar cosa alguna le volvió la cara»⁷⁴.

Para empeorar la situación, al poco tiempo, bien dentro de la estancia del rey o bien fuera, Espinal —que parece iba vestido con una cruz blanca— recibió la visita del francés mossén de Orbal, primo del barón de Aregnac⁷⁵, que había muerto pocos días antes delante de los muros de Pamplona en una escaramuza contra los soldados castellanos. No obstante, Orbal le dirige la acusación de deslealtad a su rey,

⁶⁹ *Id. de don Martín, familiar del prior de Velate, fol. 19v.*

⁷⁰ *Id. de Juan de Eraso, fol. 12v.*

⁷¹ *Id. de don Martín, familiar del prior de Velate, fol. 19v.*

⁷² *Según testifica el rector de Cildoz, Juan de Lesaca, fol. 18r. Vid. también nota 40.*

⁷³ *Id. de don Juan de Lesaca, rector de Cildoz, fol. 18r.*

⁷⁴ *Id. de Sancho de Yesa, fol. 10v.*

⁷⁵ «Areyndat» en el documento y «Aliñaque» en *CORREA*, pg. 179 y *ZURITA*, op. cit., lib. X, cap. XXXVI, en que relatan con detalle la escaramuza, que tuvo lugar el día 4 de noviembre.

aunque, lógicamente, el motivo de las siguientes palabras sería la muerte de su primo. «Le dixo al dicho Miguel de Espinal por qué llevaba cruz blanca, que le debian cortar el quarto con la cruz», y que «pesar debía haber Dios que un traidor habia de llevar cruz blanca»⁷⁶. Le llamaba «traidor por haber cabido en las dichas negociaciones de la entrega de Pamplona». Es evidente, pues, que la acogida a Espinal fue, en un principio, fría y hasta de rechazo, por parte del rey navarro y de los franceses. Parece que, para el resto de los refugiados, el recibimiento fue mejor.

No obstante, se deduce que Miguel de Espinal no desistió de reconciliarse con el rey, lo que evidencia un decantamiento en su postura, al principio vacilante, a favor de la monarquía legítima. De hecho, estuvo en el campamento real o en los alrededores unos diez días. Al segundo o tercer día de llegar a Arazuri se produce ya la reconciliación con el rey don Juan. A los dos les interesaría ganarse al otro, dada la situación de debilidad de ambos; y el acercamiento es real. Prueba de ello es que, durante estos días, al llegar un testigo a Arazuri, «en los dichos palacios, en la sala grande, vio que andaban paseando por la dicha sala y hablando el dicho Rey don Johan, y Pedro de Jassu, por tiempo justicia de la dicha ciudat, y el dicho Miguel de Espinal, por tiempo fiscal, muy alegres en lo que mostraban, y el Rey andando en medio dellos»⁷⁷.

Tuvo lugar este encuentro hacia el día 14, pues «el mesmo dia, el dicho Rey don Johan se fue a Gazólaz, y no torno mas a Arazuri»⁷⁸. Una vez que se instala el campamento real en Gazólaz, Espinal y algunos compañeros suyos más pasan a residir en el vecino pueblo de Paternáin, a apenas 2 km.

El lugar de Paternáin actúa como base para una serie de individuos durante los días en que el rey está en Gazólaz. Está suficientemente próximo al campamento real

⁷⁶ *Decl de Pedro de Jaso, fol. 8v.*

⁷⁷ *Id. de Miguel de Lizásoain, vecino de Cizur Mayor, fol. 25v, que había ido allí a hablar con «Zubiet», para que cuidara de su casa. Este Zubiet es Juan, señor de Zubieta, que había sido merino de Pamplona (desde 1503) y alcaide del castillo de Garaino. Había acompañado al rey don Juan en su huida al Bearne (A. G. Simancas, secc. Estado, leg. 345, n. 12).*

⁷⁸ *CORREA, pg. 189, ignora a dónde se trasladó el rey en este momento: «Se alojaron a dos millas de Pamplona, en dos lugaretes que están en el camino de la Puente de la Reina», donde estuvieron «por más de quince días». Los franceses, con La Palice, acamparon en Cizur Mayor (AGN, Procesos, sentenciados de Arrastia, fajo 2, n. 12).*

como para poder servir de alojamiento y es utilizado a la vez como lugar de reunión para las conversaciones que tenían entre sí estos agramonteses. De los antiguos refugiados, se encuentran allí, que sepamos, Pedro de Jaso, Miguel de Espinal y Juan Miguel Garceiz. Las reuniones tienen lugar en la casa de García de Paternáin⁷⁹, donde también se alojaba alguno de ellos. Debían tratarse en este lugar asuntos importantes, pues por allá pasan destacados agramonteses. Incluso una vez acudió el propio Mariscal don Pedro de Navarra. También lo hacen León de Garro, vizconde de Zolina, Juan de Olloqui, señor de Olloqui, el bachiller Desojo⁸⁰, los anteriormente citados y otros como Miguel de Erro, sastre, Martieco de Lesaca, bastero, Martín de Iroz «y otros vezinos de la dicha ciudat (Pamplona)»⁸¹. Estando en Paternáin, Miguel de Espinal y otros, como Sancho de Yesa, iban de vez en cuando a Gazólaz para hablar con el rey don Juan. Tampoco el lugar estaba exento de peligros, pues un día, mientras Miguel de Espinal estaba cerca de la casa donde se hospedaba, «un alemán con una pica lo pensó atravesar»⁸². Son los días en los que la Cuenca sufrió los saqueos de los franceses y lansquenetes alemanes y el momento intermedio entre los dos grandes asaltos contra los muros de Pamplona que realizó el ejército franco-navarro.

Pasan entre Paternáin y Gazólaz cerca de una semana. Son unos días de tensión para los franceses y los hombres de don Juan a causa de la inactividad impuesta por el asedio. En estos días, Miguel de Espinal ve cambiar totalmente la situación en la que se encuentra. La reconciliación con el rey navarro se ve enturbiada por la nueva ofensiva que desencadena contra él el francés mosén de Orbal. Parece que éste consigue de don Juan que le retire su confianza. Puestos a elegir y en el momento en el que están, el rey tiene que optar por la necesidad del apoyo de los franceses. En estos momentos de rechazo hacia Espinal, Orbal le llega a decir que «su cabeza estaría mejor apartada de las espaldas»⁸³, que «sin la cabeza debía estar»⁸⁴. Incluso

⁷⁹ *Decl. de Juan de Ollo, vecino de Ulzurrun, fol. 26v.*

⁸⁰ *Pocos meses más tarde será condenado a muerte en rebeldía y confiscados sus bienes (AGN, Comptos, registro 543, fol. 16v).*

⁸¹ *Estos nombres se encuentran en la decl. de Juan de Ollo.*

⁸² *Decl. de Andrés de Aiciondo, fol. 22r.*

⁸³ *Id. de Sancho de Yesa, fol. 10v.*

⁸⁴ *Id. de don Juan de Lesaca, fol. 17v.*

en un momento determinado, estando delante del rey navarro, un tambor francés de don Juan llamado Ramasse le dijo a este: «Señor, catal de aquí vuestro buen servidor que, si no fuera por el Condestable, me hazía aorcar en Pamplona», refiriéndose a agravios de años pasados. Y «otra vez lo tomaron en el lugar de Gazólaz el dicho moss. de Orbal y moss. de Campet al dicho Miguel de Espinal y trabaron nuevas con él, y si no se atrabesara moss. de Ricaut, lo hobieron muy maltractado»⁸⁵.

Hasta tal punto llegan las amenazas de muerte, que el propio Mariscal don Pedro, «obida noticia de alguna mala obra que le querían hazer, le embio a dezir que mirase por sí y que se fuese secretamente»⁸⁶. Y es lo que hace, en efecto, dejando a los demás compañeros en el real navarro. Era esto «un día antes que los franceses viniesen con artillería al castillo de Tiebas»⁸⁷, es decir el 22 de noviembre. A la vuelta de Gazólaz, pasa por Paternáin, coge sus cosas y deja al hijo de don Pedro de Jaso una carta para éste y probablemente otra para el señor de Olloqui. Antes de irse, dice a Juan de Ollo «cómo queria ir a Munárriz y por donde podría ir mejor y mas seguro, y el deposante le dixo que por Izcue»⁸⁸. Y hacia allí se le ve partir.

FRACASO DE LA RECONCILIACIÓN Y REGRESO A MUNÁRRIZ. LOS ASALTOS A PAMPLONA

Una vez en Munárriz, donde seguía habiendo gente refugiada —probablemente algunos de aquellos desterrados de Pamplona que no querían incorporarse a ninguno de los dos contendientes y gente de la Cuenca que se habían escondido para evitarse problemas con los saqueadores franceses y alemanes— se encontró con el clérigo Juan Périz, de Pamplona y refugiado allí. Nos transmite éste la impresión que le causó, y que puede servir como balance de este mes de andanzas del antiguo fiscal. Juan Périz «lo fallo canso y enojado, deziendo que el Rey don Johan no lo había bien recebido y que con los de la Ciudat (Pamplona) no estaba en buena reputacion. Y a todo estaba en cuidado porque no era bien recebido del Rey don

⁸⁵ *Id. de Sancho de Yesa, fol. 10v.*

⁸⁶ *Ibid.*

⁸⁷ *Decl de Juan Périz, fol. 21r. Dice ZURITA que la toma de Tiebas ocurrió el día 23; lib. X, cap. XXXIX.*

⁸⁸ *El texto dice «Eyzcue». Decl. de Juan de Ollo, fol. 27r.*

Johan y de la Ciudad (se entiende de los castellanos y de los beamonteses que los apoyan) no esperaba remedio»⁸⁹. Se encuentra Miguel de Espinal atrapado entre dos fuegos. Ha intentado estar a bien con los dos bandos y es rechazado por ambos.

Los refugiados que allí estaban permanecen en Munárriz hasta el día 24. En este día las tropas franco-navarras se acercan a Pamplona y acampan en la zona de la Taconera. El cuartel general de don Juan y La Palice se instala en los conventos de la Merced y de San Francisco. Comienza el segundo asalto a la capital disparando los cañones contra sus muros con intención de abrir brechas para el asalto⁹⁰.

Los preparativos y el cañoneo son vistos desde las proximidades de Munárriz y los que aquí estaban escondidos deciden aproximarse para seguir de cerca los acontecimientos. Un buen número de ellos decide trasladarse a Olza, a unos 10 km. de Pamplona, para observar lo que ocurre. Pero otros —por ejemplo Pedro de Tarazona— deciden unirse definitivamente a las tropas del rey navarro en su intento de entrar en la capital⁹¹. Baja el grupo desde Munárriz y, a la altura de Izcue, ya en el llano, se separan los dos grupos: los que se unen a don Juan y los que van a Olza.

Este segundo grupo llega a Olza el miércoles 24 por la tarde. Figuran entre ellos Miguel de Espinal, que se hospedó «en casa de un nodrizo suyo», Antón de Ollacarizqueta, Martín de Irurzun, zapatero de Pamplona, desterrado también, Andrés de Aiciondo y fray Juan de Ainoa⁹². Durmieron esa noche en el lugar y al día siguiente se acercaron a Iza. Se les unen también Miguel de Veramendi y Miguel Martínez de Lesaca, destacados juristas agramonteses⁹³. Miguel de Espinal estaba preocupado porque su mujer y sus hijos estaban en Pamplona y temía por ellos, ya que los cañonazos y los combates se habían recrudecido. Al pasar por Lizásoain pregunta a uno refugiado allí si han llegado a aquel lugar algunas mujeres expulsadas de la ciudad antes del ataque. La respuesta fue negativa.

⁸⁹ *Decl. de Juan Périz, clérigo, fol. 21v.*

⁹⁰ *Cfr. BOISSONNADE, op. cit., t.III, pg. 315.*

⁹¹ «*El deposante y otros vinieron para el Real*». *Decl. de Pedro de Tarazona, abad de Aós y agramontés. En 1516 fue desterrado de nuevo tres meses, por motivos similares, fol. 21v.*

⁹² *Decl. de Andrés de Aiciondo, fol. 22r.*

⁹³ *Id. de Miguel de Veramendi, fol. 5r.*

En Iza permanecieron a la espera del resultado de los ataques a Pamplona. Los días 26 y 27 continuaron los violentos combates entre los castellanos y los asaltantes franco-navarros. Pudieron ver desde allí la imposibilidad de éstos por entrar en la capital. Ha fracasado definitivamente la expedición realizada desde Bearne y Francia y, con ella, la ocasión más clara de recuperar el reino para la dinastía privativa de Navarra. No volverá a realizarse otro intento hasta 1516.

EL FINAL DE LA HUIDA

Al día siguiente, domingo 28 de noviembre, este grupo se retrae hasta Ilzarbe, a la entrada del valle de Goñi y de nuevo al pie de las montañas. Estuvieron aquí refugiados varios días hasta que «vinieron una grant flota de franceses a robar el dicho lugar»⁹⁴. Sin duda éstos quieren acumular provisiones y realizar los últimos saqueos antes de iniciar la retirada hacia Francia, que comenzará tres días más tarde. Los acontecimientos se suceden con rapidez. Estos navarros fugitivos tienen que desalojar el lugar y, al mismo tiempo corren rumores de que se acerca un gran ejército de castellanos para socorrer a las tropas de Pamplona. Ante el temor de que «serian tomados y maltractados», se trasladan a Arruiz, camino de la frontera con Guipúzcoa, en el valle de Larráun y cerca de Lecumberri.

Componen el grupo que llega a Arruiz a principios de diciembre: Pedro de Jaso, Miguel de Veramendi, Miguel de Espinal, Sancho de Yesa y Miguel Martínez de Lesaca. Todos son personajes destacados de la vida pública y agramonteses. Estaban ya preparados para pasar a Guipúzcoa —y, según dirán más tarde, de ahí a Logroño para acudir al rey Fernando— incluso con los caballos ya ensillados. Nos narra un testigo que, de pronto, «sobrevinieron en el dicho lugar de Arruiz unos guipuzcoanos los quales se llevaron, a este que depone y a los otros sobrenombrados, sus cabalgaduras y quedaron a pie. Y por no poder andar a pie el camino que habian de hazer para Guipuzcoa, dieron buelta hacia la Ciudad. Y andubieron por montes y lugares ascondidos de temor de los guipuzcoanos, que los andaban por tomar presos, hasta en tanto que este que depone (Miguel de Veramendi) y Miguel de Espinal y Miguel Martinez hobieron seguro del marqués de

⁹⁴ *Id.*, fol. 5v.

Villafranca, y vinieron a esta Ciudad»⁹⁵. Este marqués de Villafranca era don Pedro de Toledo, hijo del duque de Alba.

Así acabó el destierro para este pequeño grupo de agramonteses. No consta en la documentación qué fue de los demás desterrados. Es de suponer que cada uno correría su propia aventura personal. Una vez fracasado el intento de restauración legitimista -el rey navarro había iniciado la retirada de Pamplona hacia el Bearn el día 31- para cada uno comenzó una nueva fase de adaptación a unas circunstancias totalmente distintas a las que había vivido tan sólo un mes antes. Unos siguieron al destronado rey don Juan al destierro. Es el caso de Juan Miguel Garceiz, Antón de Ollacarizqueta y Martín de Arrarás, entre otros que no conocemos. No obstante, éstos volvieron a Navarra ya al año siguiente. Otros permanecieron en Pamplona y tuvieron que dar estrecha cuenta de lo que habían hecho durante estas semanas pasadas. Algunos de ellos, como Sancho de Yesa y Miguel de Espinal⁹⁶, para que su integración en el nuevo sistema fuera completa, hubieron de acudir incluso a Logroño a prestar fidelidad de nuevo a Fernando el Católico. A pesar de todo, de todos estos agramonteses que sabemos fueron desterrados, excepto Juan de Gúrpide y Sancho de Yesa, ninguno volvió a ocupar cargos públicos de relevancia en Navarra.

CONCLUSIONES

Al salir de Navarra el rey Juan de Albret en julio de 1512, habían quedado muchos agramonteses en Pamplona. Cuando vuelve el rey en octubre, éstos suponen un peligro para el ejército castellano que va a ser sitiado y el duque de Alba ordena desterrar a doscientos de ellos, los más destacados.

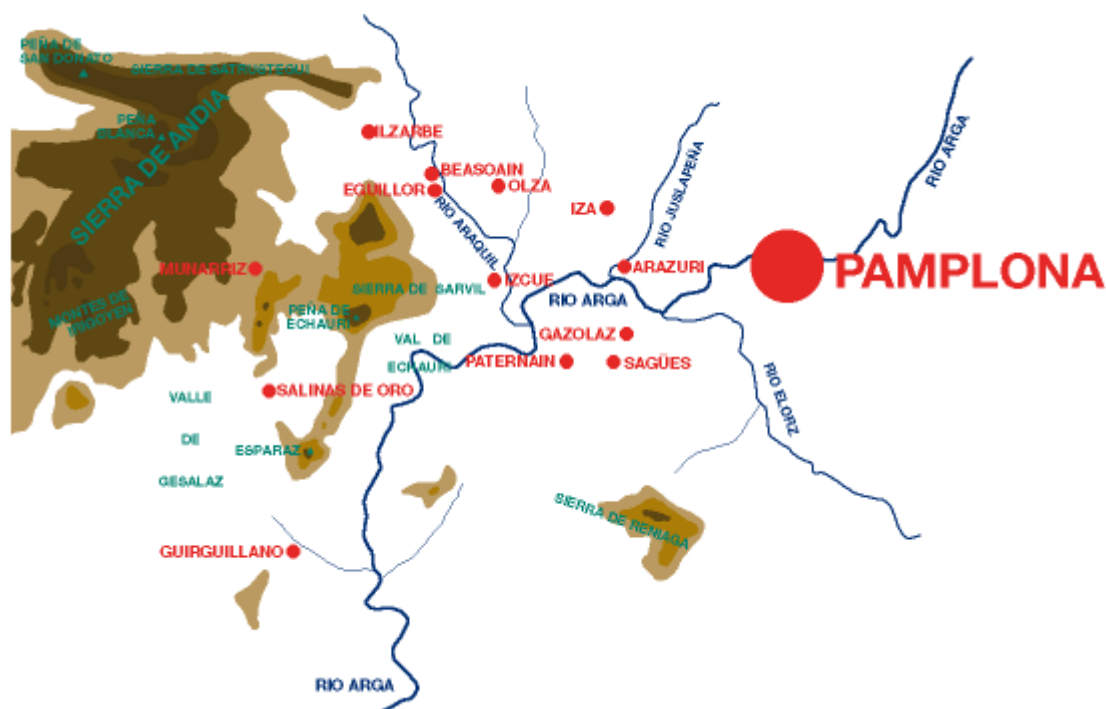
La selección de los desterrados la realiza el bando beamontés, lo que supone una fase más de las confrontaciones banderizas agramonteses-beamonteses. Ello contribuye a una mayor afirmación de éstos últimos en el poder.

Un amplio sector de los desterrados se une al ejército franco-navarro. Otro grupo numeroso se refugia en los montes, desobedeciendo así las disposiciones del duque

⁹⁵ *Id.*, fol. 5r.

⁹⁶ *Decl. de Sancho de Yesa*, fol. 10v.

de Alba. Se hace también caso omiso de la orden dada por Fernando el Católico de aglutinamiento de los agramonteses en torno a la persona del conde de Santesteban. Muchos de estos refugiados mantienen una actitud confusa, sobre todo los que habían ocupado algún cargo de relevancia, pretendiendo mantenerse al margen del conflicto.



Localización geográfica de los lugares citados en el texto

Varios se van incorporando gradualmente a las filas de agramonteses navarros del rey don Juan. Otros, en cambio, no se deciden a hacerlo abiertamente, o son rechazados por haber colaborado o no haberse opuesto a la entrega de la ciudad de Pamplona a los castellanos en el mes de julio.

Tras el fracaso de la intentona legitimista, prácticamente todos ellos serán marginados por el nuevo poder castellano, de manera que no volvieron a ocupar cargos públicos importantes.